



Error al crear la imagen

ron mantener intactos esos glaciares?". Tendría que llegar al lugar y ver esa chimenea de cerca.

La biografía de Harry Brito sin dudas explica algunas cosas. Portomontino, "siempre me sentí muy atraído por la geografía. Me causaba curiosidad saber qué había arriba de un volcán y cuando me encontraba con turistas suizos o alemanes que venían a la zona, soñaba con escalar con ellos, pero no con un afán deportivo sino para comparar los mapas que tenía en casa y ver si coincidían con los lagos o los fiordos que mostraban".

A los 16 años subió el volcán Osorno con un geólogo y quedó asombrado con lo que aprendió sobre rocas, glaciares, rimayas o vestigios de viejas erupciones. La experiencia lo llevó a ingresar a un club de montaña. Más tarde, ya fuera del colegio, aprendió de navegación y buceo. Y pasó un par de años navegando con un tío por los fiordos de la Región de Aysén y hasta por el Parque Nacional Laguna San Rafael. "Allí me sorprendí al ver cómo la cordillera se hunde para transformarse en islas, glaciares", recuerda.

Esta nueva experiencia lo inspiró para entrar a la carrera de Geología.

Siempre leyendo, se sintió particularmente tocado por crónicas de Vicente Pérez Rosales sobre la colonización del lago Llanquihue. "Eso mismo me pasó en la Patagonia: tenía el ímpetu de acceder a ella, para conocer sus dimensiones desde la navegación, la lectura, la ciencia, la montaña", dice.

En esos años conoció al celebrado explorador chileno Cristián Donoso y empe-



COMIENZO. Acaban de llegar al sector de Ancón, y el clima parece acompañar.



CAMPAMENTO 2. Aquí, a 200 metros de altura, en suelo extremadamente húmedo, esperaron el momento que no llegó.

zó a trabajar con él, cada vez más enamorado de este mundo. "Con el tiempo, me vine a vivir a Patagonia. Me retiré de Geología y comencé a hacer montaña y guiaturas en volcanes en el Parque Nacional Torres del Paine. Desde pequeño mi visión apuntaba al sur, al mundo austral y finalmente estaba encontrando mi lugar".

Harry Brito es ahora un explorador experimentado. Ha recorrido sitios como la cordillera Darwin, Campos de Hielo Norte y Sur, ha navegado al sureste de Tierra del Fuego, la isla Hoste, el canal Beagle, por sitios como el Estrecho de Magallanes, hasta las islas Riesco y Desolación, el seno Skyring y, claro, Muñoz Gamero.

Seis años antes de comenzar la expedición, Harry convenció a sus amigos Camilo Hornauer y Tobias Helvig para la aventura. Él ya tenía claras las dificultades, y el grupo empezó a prepararse. "En esta zona, lejos el factor más desafiante es el clima. Los vientos del Ártico colisionan con corrientes atmosféricas provenientes del Oeste y del norte donde justamente el volcán Burnley atrapa todo este choque, creando cambios climáticos extremos. Por eso, la posibilidad de encontrar una ventana de buen clima es bajísima en Muñoz Gamero", dice.

Por eso, el trío se apoyó en el trabajo meteorológico imprescindible de Sergio Sepúlveda, quien iba siguiendo masas de aire y frentes, y les enviaba constantes reportes climáticos.

"Él hacía proyecciones sobre cinco días. Y cada día nos mandaba dos informes con datos sobre dirección del viento, nubes y tipos de nubes, porcentaje de humedad o la cantidad de nieve que iba a caer", explica Harry.



A LA DISTANCIA. El Burney observado desde el seno Unión. Es la cara norte del volcán.



VENTANA. Las condiciones meteorológicas dan un respiro, y Harry asciende por la arista norte. Es domingo y al fondo se despliega el seno Unión.

Luego de analizar profundamente la zona, y todo lo que sabían de ella, decidieron zarpas el 20 de septiembre desde Puerto Natales. Eligieron la fecha porque "en los fiordos de Magallanes, mientras más frío hace, mejor es la navegación y la exploración, porque las masas de aire no se mueven. Por eso elegimos la primavera. Sin embargo, en este septiembre el viento llegó antes de lo esperado, pero decidimos viajar de todas formas".

El trayecto de Natales a Muñoz Gamero fue rápido. Amenazados por un posible sistema frontal, la embarcación raudamente cruzó el **golfo Almirante Montt**. "Una orca nos siguió en todo ese tramo", recuerda Harry. El barco luego tomó el estrecho **Estero de las Montañas**, donde están los escénicos cerros del Grupo La Paz, hasta que comenzaron a acercarse a destino.

"Íbamos muy felices. En total fueron

seis horas de navegación, donde fuimos comiendo centolla y la marea nos acompañó todo el camino", dice Harry. "El desembarco en bahía Ancón fue fácil. Llevábamos sobre 100 kilos de equipo y nos detuvimos en un paisaje simplemente extraño: daba la sensación de estar en la sabana africana, pero en la Patagonia. Era un territorio abierto y amarillo, y el piso era junco, o algo como un pasto duro... La turba era húmeda y, al pisarla, te hundías cinco centímetros, como si fuera una esponja", recuerda.

Pero lo que dominaba todo en ese punto era el frío. Él estima que la temperatura se aproximaba a los -3 o -4 grados Celsius. Y la sensación térmica que producían la humedad y el viento hacía que los tres aventureros se sintieran constantemente incómodos. Las condiciones además hacían imposible prender una fogata: solo se abrigan con los sacos de dormir.

"En las primeras tres noches que pasamos en el primer campamento, el de la playa, un día amaneció todo nevado y el volcán se dejó ver. Estábamos contentos y de inmediato nos quisimos acercar, pero la ventana duró una hora. Después se tapó con mucha lluvia y nieve", dice Harry.

En la espera, la cordada se dedicó a indagar la zona. Al cuarto día, se instalaron a unos 180 metros sobre el nivel del mar. Ahí, dice Harry, estaba todo nevado y el entorno era extrañamente seco. "Cada vez que pisaba la nieve, encontraba una poza de agua abajo", recuerda. Alrededor vieron cóndores, carachos e indicios de la presencia de zorros.

La primera noche en altura fue la del 24 de septiembre. Esperando. Pero el clima no daba respiro. Sumaron otros cinco días encarpados, y nada. Cuando llegó la notificación de una pequeña ventana de buen tiempo, calcularon que no sería suficiente. La visibilidad seguía siendo limitada para avanzar, así que se largaron a recorrer el sector. "Fue durante una larga caminata sobre la nieve cuando, como si fuera un espectro, vimos el volcán Burney por segunda vez. A esta altura, unos 200 metros sobre el nivel del mar, el paisaje era más seco. También más bonito. Felizmente retratamos la cima oeste del Burney, ubicada a 1.600 metros", dice Harry, que luego utilizó un dron para retratar la cara oeste del volcán, "desde donde se ve el océano. Alrededor había un glaciar extendido, morrenas de glaciar y también estalactitas. Era hermoso. También llamativo desde el punto de vista científico".

Entusiasmados, el trío consideró la posibilidad de habilitar un tercer campamento, más cerca de la cumbre. Pero el meteorólogo había sido claro: se trataba solo de una ventana. Las siguientes dos semanas parecían terribles.

—¿Cuál es el próximo paso?

—Tengo la intención de volver pronto. Quizá por otro sector. Ahora, ya no sé si mi objetivo es la cumbre. Si se da, se da. Lo que sí quiero es seguir la ruta del vestigio volcánico; seguir los pasos de Shipton. En todo caso, como toda exploración, es un proceso largo que implica reunir la logística, tener el tiempo para esperar las ventanas de buen clima... y tener paciencia porque en la Patagonia da igual la tecnología. Es la magia de esta zona: por su lejanía, todo se hace a la antigua. Como lo hacían los exploradores clásicos. **■**